

Mariana Ordóñez

Fotografía: Onnis Luque

Rural



Ciudad Rural Sustentable: *área territorial constituida para concentrar asentamientos humanos dispersos con alto índice de marginación y pobreza, a fin de mejorar la calidad de vida de los ciudadanos que la integren, proporcionándoles servicios de calidad y oportuni-*

dades económicas, que permitan el desarrollo integral de la región, con respeto y apego a las características geográficas, económicas, ambientales, culturales y de costumbres de la región.

De la ciudad no queda ni rastro, los ciudadanos son apenas una familia conformada por cuatro personas quienes reconocieron estar ahí porque no tenían la posibilidad de irse. La ruralidad se caricaturizó con un corral metálico de traspatio inapropiado hasta para las mismas gallinas, y la sustentabilidad —entendida en sus tres ejes primordiales: ambiental, social y económico— jamás estuvo en los planes.

A finales de marzo de 2011 el gobierno del Estado de Chiapas, encabezado por Juan Sabines, y el gobierno federal inauguraron la segunda Ciudad Rural Sustentable (CRS) Santiago del Pinar. A diferencia de Nuevo Juan del Grijalva —la primera CRS inaugurada en 2009 como respuesta a las inundaciones y deslizamientos de tierra que ocurrieron en el municipio de Ostucán en 2007—, Santiago del Pinar tenía el objetivo de combatir el binomio dispersión-pobreza, según el Instituto de Población y Ciudades Rurales.

El proyecto está ubicado cerca de la cabecera municipal que lleva el mismo nombre, con una extensión te-

rritorial de aproximadamente 40 hectáreas, y en él se pretendía reubicar a los habitantes de las localidades de Chiquinch’, Xchuch, Boquem, Choyó y Chicumtantic. Además de la construcción de 115 viviendas en nuevos predios para las familias, la CRS contemplaba contar con centro de salud, jardín de niños, escuela primaria, infraestructura para asegurar el suministro de energía eléctrica y agua potable, así como el mejoramiento del centro urbano ubicado en la cabecera municipal. Con una inversión pública y privada de 394 millones de pesos y a seis años de haber sido inaugurado, el proyecto está en completo abandono.

Si el objetivo fue mejorar las condiciones de vida de las poblaciones indígenas dispersas y las viviendas no tenían ningún costo —aparentemente— para las familias, ¿por qué las personas decidieron volver a sus comunidades? A pesar de que los proyectos se abordarían con base en minuciosas investigaciones, diagnósticos y el entendimiento de los usos y costumbres de los pobladores (*Periódico Oficial* del estado, no. 243), basta con recorrer la





zona para darse cuenta que no hubo un intento básico de observación; tampoco existió un proyecto de investigación aplicada, regionalismo y planeación.

Santiago del Pinar es el municipio número 119 de Chiapas y se localiza en la región II, Los Altos, una zona cuya población es en su mayoría de origen tzeltal y tzotzil. El sitio se caracteriza por tener un clima templado-frío con fuertes aguaceros durante el verano y la gente, en general, vive del autoconsumo. Es decir, sus habitantes subsisten del trabajo de la tierra, la milpa, los árboles frutales, las aves de traspatio y del manejo de los bosques tanto para la construcción de viviendas tradicionales con madera, como la obtención de leña para el fogón.

El solar tzeltal-tzotzil, como todos los de su tipo en esta zona, es un sistema productivo que da sustento a las familias, dialoga con el territorio y es imposible reducirlo únicamente al espacio habitable, el cual es quizá el de menor relevancia para dicho sistema. Los elementos que componen el solar, los cuales se encuentran organizados alrededor de un patio, tienen funciones específicas y diversos propósitos:

- Cocina. Es el corazón del hogar. Ahí está el fuego, el calor, la convivencia cotidiana y, debido a las bajas temperaturas, es el espacio que las mujeres emplean para parir y habitar durante un mes después del parto. En la cocina se transforman los productos de la milpa y es el sitio donde se resguardan las mejores mazorcas —suspendidas encima del fogón— para la siguiente temporada de siembra
- Patio. Es el vacío que organiza todos los espacios construidos en el solar. Aquí se desarrollan procesos importantes relacionados con el alimento como desgranar el maíz y secar al sol el café y las mazorcas. También ahí tienen lugar actividades como el remojo de lana y la confección de faldas y ponchos (elementos del traje típico)
- Dormitorios. Espacio donde duerme la familia y se ubican el altar y los muebles de guardado
- Baño. Es el único componente que se encuentra alejado del patio y el resto de los elementos de la vivienda. En algunas comunidades, debido al frío, se construyen temazcales con adobe y piedras
- Milpa. Puede estar ubicada en el mismo solar o en una parcela familiar cercana. La milpa tiene gran im-

portancia en los hogares debido a que proporciona el sustento alimenticio por excelencia de las familias

- Gallineros. Los gallineros completan la dieta básica de la región conformada por tortillas, frijoles y huevo. Por lo regular se construyen con madera y de manera compacta para mantener una temperatura agradable para las aves

En noviembre de 2016 recorrimos Santiago del Pinar y, ante el impactante desfile de casas-maqueta en ruinas, surgieron muchas interrogantes: ¿dónde se encuentran los elementos básicos del solar tzeltal-tzotzil?, ¿de qué manera se pretendía que este proyecto fuese sustentable?, ¿dónde están las investigaciones y diagnósticos previos aterrizados en el proyecto?, ¿hubo alguna participación o consulta comunitaria?

Existe un sitio en línea web estatal donde se encuentra la información —demasiado escueta y poco legible— del proyecto, sin embargo, no hay un documento que justifique la selección del terreno y la ubicación de la CRS, el programa arquitectónico del conjunto y las necesidades que pretendía atender, la estrategia de ocupación y el manejo territorial, el presupuesto, ni mucho menos el modelo de vivienda replicado 115 veces con sus variantes cromáticas en rosa, azul, naranja y verde.

El fracaso del proyecto es tangible y visible, además de que el despilfarro de 394 millones de pesos resulta escandaloso. La ubicación es el primer gran desacierto. Las casas se encuentran dispuestas en la cima de un cerro a unos 1 680 msnm con pronunciadas pendientes, lo cual hace que el acceso sea riesgoso y complicado. En el proyecto se observan muros de contención y escaleras de concreto que intentan facilitar el acceso a las viviendas, elementos que sin duda elevaron el costo mucho más de lo necesario. No hubo sensatez o preocupación por elegir un lugar apropiado tanto para los pobladores como para el presupuesto.

Los servicios básicos continúan con la lista de errores. Aunque las viviendas contaban con instalaciones eléctricas, hidráulicas y sanitarias, los pobladores afirman que nunca hubo servicio de agua, luz y drenaje en el lugar. Las caminatas para obtener cubetas de agua eran largas y, por las condiciones del terreno ya citadas, fueron extenuantes. A partir de este momento el proyecto pierde toda lógica y sustento, si es que en algún momento los

tuvo. Según el gobierno de Sabines, la CRS tenía como objetivo principal conjuntar poblaciones dispersas para facilitar el suministro de servicios básicos; entonces, ¿por qué jamás se preocuparon por procurarlos?; ¿cuál fue el propósito de reubicar un centenar de familias para que vivieran en condiciones mucho más precarias que las originales? La vivienda es un producto inmobiliario y a la vez político.

Quizá lo que determinó el estado actual de Santiago del Pinar no fue la ubicación accidentada o la falta de servicios básicos —condiciones constantes en muchos asentamientos rurales— sino el manejo territorial, la nula comprensión de la forma de vida de los pobladores y la vivienda que, a pesar ser gratuita, nadie quiso aceptar. Respecto al manejo territorial, el proyecto se encuentra organizado por lotes de dimensiones muy inferiores a las de un solar habitual y existen anchas vialidades pavimentadas flanqueadas por pequeñas banquetas. Apelando una vez más a la lógica y al diagnóstico, ¿cuántos pobladores de las comunidades a reubicar contaban con vehículo?; ¿era necesaria la inversión en tantas vialidades para un proyecto en una zona rural con un alto índice de pobreza?; ¿tiene sentido pavimentar la tierra cuando la gente subsiste del trabajo con la misma? Aunado a lo anterior, el proyecto originalmente contemplaba tres granjas avícolas, un vivero y seis invernaderos para que los pobladores pudieran contar con un trabajo remunerado. Es decir, se pretendía sacar a estas comunidades de su territorio, reinsertarlas en lotes sin oportunidad de trabajar la tierra para obtener sus alimentos y arrojarlas drásticamente al capitalismo urbano. No hay cabida para la sustentabilidad.

Respecto al tema de la vivienda, es quizá el aspecto más preocupante de todo el proyecto. Con escasos 30 metros cuadrados y materiales de pésima calidad, la estructura de las viviendas está conformada con palafitos de madera hincados directamente en el suelo, esto genera problemas de humedad debido a la cantidad de agua que se precipita en la zona. Los muros están resueltos con paneles ligeros en aglomerado —el cual puede atravesarse de un puñetazo— y no cuentan con la protección de aleros (que son una constante en la vivienda tradicional). El techo está recubierto con el mismo material empleado en los muros, que a todas luces no es apropiado para el

uso exterior y se encuentra actualmente en evidente proceso de degradación por humedad.

Además del enorme desatino de intentar resolver un problema disperso en un núcleo compacto que alberga dos habitaciones, un baño, estancia y cocina en escasos metros cuadrados, el proyecto nunca tomó en cuenta la relevancia de los componentes del solar tzeltal-tzotzil para la vida cotidiana. En la cocina es imposible prender un fogón y, para las familias, adquirir gas era un gasto que no estaba contemplado en sus antiguos hogares. La ausencia del fuego y la leña generaban, además de la incapacidad de transformar los alimentos, consecuencias graves como soportar bajas temperaturas durante el invierno; se anuló el espacio de convivencia familiar por excelencia y se despojó a las mujeres de un lugar seguro y confortable para parir. Sumado a la imposibilidad de sembrar milpa, no existe un sitio apropiado para la crianza de aves de traspatio, lo que dificulta la recolección de huevos para el consumo familiar. Es decir, jamás se contempló ni entendió el ideal de vivienda productiva de estas comunidades.

A fin de entender el grado al que los espacios son inadecuados para los usos y las costumbres locales, la única familia que persiste en el CRS tuvo la necesidad de invertir en construir una cocina de proporciones adecuadas y materiales tradicionales; compran costales de maíz y huevos para sobrevivir; se adaptaron a la falta de agua y están en proceso de consolidar una vivienda autoconstruida con espacios mucho más generosos y apropiados. Son los únicos residentes pues no tienen otro lugar a dónde ir. Y es que, como dice el arquitecto Enrique Ortiz, el concepto de vivienda mínima únicamente existe en la mente de quienes realizan las políticas públicas y de los arquitectos.

Actualmente, las cinco comunidades que se pretendía aglomerar en este lugar siguen aumentando su población de forma dispersa. Año con año se asignan recursos al Instituto de Población y Ciudades Rurales sin existir una evaluación estricta del programa implementado. Se han construido dos CRS más (Ixhuatán y Jaltenango) con la misma metodología fallida y Chiapas permanece en la lista de los cinco Estados más pobres del país. Todos, como pregonaba el eslogan del gobierno en turno, ¡son hechos, no palabras!

